

CLEPSIDRA

Justicia al Batallón Colombia

No solo condenamos al olvido a los nuestros, sino que el único recuerdo es el 'asesinato cobarde' que sus veteranos perpetraron en un estudiantado inermes.

Las recientes conmemoraciones que tuvieron lugar con motivo de la muerte de diez estudiantes de la Universidad Nacional el 8 y el 9 de junio de 1954 repitieron un error que se ha adentrado en la memoria colombiana y reaparece cada vez que se hace referencia a tan doloroso acontecimiento. Error que persiste al afirmar que fueron ex combatientes del Batallón Colombia, recién llegados de Corea, quienes integraron la fracción de tropa que hizo fuego contra la marcha estudiantil que pretendía llegar al Palacio Presidencial ese 9 de junio.

El general Raúl Martínez Espinosa, presidente de la Asociación de Oficiales Veteranos de la Guerra de Corea, envió a la Defensora del Lector de EL TIEMPO una nítida aclaración al respecto, que no sobra reiterar y ampliar. Los contingentes que regresaban al país una vez cumplido su servicio en guerra eran licenciados tan pronto se efectuaba el proceso de desarmamentamiento. Viajaban sin armas y tampoco las recibían al retornar, pues no conservaban entidad orgánica ni eran asignados a otras unidades. Los oficiales y suboficiales se distribuían en los cuerpos de tropa del país, pero ninguno actuó en la mañana del 9 de junio.

Testigos presenciales o participantes en la manifestación, como Crispín Villazón de Armas y Fernando Sánchez Torres, al recordar el acaecimiento, obviamente por error de información sostienen el equívoco. Notas editoriales de EL TIEMPO lo hacen también. Personalmente he venido rectificando tales informaciones cada vez que se producen, pero como no se efectúa aceptación del error por quienes lo cometen, la imagen de los veteranos convirtiéndose en campo de batalla la carrera séptima como si fuera prolongación de la península coreana persiste en la mente de viejas y nuevas generaciones.

La fracción militar que recibió la orden de contener la manifestación la componían soldados traídos de diferentes unidades del país. Algunas de estas procedían de comarcas donde resurgía la violencia sectaria interrumpida por el acceso al poder de las Fuerzas Militares, que se suponían neutrales y apolíticas. Fue un error, sin duda. Dicho personal se entrenaba para servir en Corea, cuando ya el armisticio acordado en julio del año anterior no exigía tanta preparación de combate sino para participar en funciones de vigilancia sobre la línea de demarcación que separa desde entonces los ejércitos del Norte y el Sur, alcanzadas en las etapas finales de la guerra.

Pero la situación de riesgo y ale-

ta propia de las zonas perturbadas si creaba una predisposición a la defensa subjetiva. Fue lo que ocurrió cuando a un soldado se le disparó el arma. El proyectil, al rebotar en el asfalto, hirió al sargento emplazante de la sección, que cayó a tierra. La tropa se sintió atacada y el fuego

se desencadenó sin orden. Al sube-niente comandante lo salvó del enjuiciamiento penal una fotografía publicada en EL TIEMPO, en la que aparece dando frente a la fracción, con los brazos en alto, en evidente actitud de poner fin al fuego.

Esta idea fija de estigmatizar a los ex combatientes de Corea como responsables de la muerte de los estudiantes forma parte de toda una actitud injusta hacia el Batallón que, bautizado con el nombre de Colombia, puso en alto ante el mundo la calidad humana, el valor, la abnegación, el heroísmo de nuestros soldados. Antecesoros de quienes defienden hoy las instituciones, el Estado de Derecho y la sociedad contra el terrorismo salvaje y la depredación de los narcoterroristas.

El debate sobre si era conveniente el envío de tropas a Corea, polarizado como todas las polémicas acaloradas por razones políticas, ha determinado una actitud injusta hacia la unidad heroica y sus hombres. Ojalá a los cincuenta años de la participación colombiana en Corea se les hubiera dado la misma significación que a la desventuradamente de los estudiantes. Tuvo más realce el comienzo de la guerra en la península asiática el 25 de junio de 1950 que la llegada de las tropas colombianas al escenario del conflicto, o cualquiera de las acciones de combate que le merecieron elogio, respeto y reconocimiento universales.

Hay que olvidar esa guerra "en la cual no hemos debido participar". Y así mismo a quienes lucharon con el nombre de Colombia en los labios y su bandera arrojada en el alma. Desconocer los libros que escriben sus veteranos, mientras se conceden páginas enteras a obras como *Mambú se fue la guerra*, verdadera diatriba contra el Batallón Colombia. México tributó a sus pilotos, que regresaron después de participar con una escuadrilla aérea en la II Guerra Mundial, una recepción grandiosa y los convirtió en héroes nacionales. Nosotros no solamente condenamos al olvido a los nuestros, sino que el único recuerdo que afirmamos en la memoria histórica de la nación es el "asesinato cobarde" que sus veteranos perpetraron en un estudiantado inermes. Como quien dice, el desacuerdo por el envío de tropas a Corea debe traducirse en el olvido y deformación de la verdad.

ÁLVARO VALENCIA
TOVAR